

PAUL CLAUDEL

Textos de "Connaissance de l'Est"

Versión de Juan José ARREOLA

La tierra vista desde el mar

VENIMOS del horizonte y nuestro navío se enfrenta al muelle del mundo. Y al surgir el planeta se despliega ante nosotros su inmensa arquitectura. En la mañana que una gran estrella decora, desde la pasarela se ofrece ante mis ojos la aparición azul de la Tierra. Para defender al Sol de la persecución del océano en movimiento, el Continente establece el orden profundo de sus fortificaciones; las brechas se abren sobre la campiña dichosa. Por largo tiempo, en pleno día, bordeamos la frontera del otro mundo. Animado por los vientos alisios, nuestro navío se desliza y salta sobre el abismo elástico en que se apoya con todo su peso. Y yo me siento flotar en el Azur. Cautivo de lo infinito, suspendido en la intersección del cielo, miro por debajo de mí a la Tierra sombría desarrollarse como un mapa, al mundo enorme y humilde. La separación es irremediable; estoy alejado de todo, y solamente la mirada me liga a las cosas. No me será concedido apoyar mis pies en un suelo firme y seguro, ni construir con mis manos una morada de piedra y de madera, ni comer en paz los alimentos cocidos en el fuego doméstico. Pronto dirigiremos la proa hacia lo que ninguna ribera limita, y bajo el formidable aparato del velamen, nuestro paso en medio de la eternidad monstruosa, sólo será señalado por las luces de posición.

El riesgo del mar

PUESTO que no se puede comer, subo al castillo de popa con un pedazo de pan en el bolsillo, y me enfrento, titubeante, ensordecido, abofeteado, a las violentas tinieblas y al estruendo sin lugar de la confusión. Abriendo mis labios en la nulidad, doy ciegamente un bocado, pero luego, siguiendo un rayo de luz, mis ojos distinguen poco a poco la forma del navío, y más allá, hasta los límites del horizonte reducido, al Elemento presa del Soplo. En un circo negro, veo errar las pálidas caballerías de la espuma. No hay solidez en torno de mí, estoy situado en el caos, perdido en el interior de la muer-

te. Mi corazón se oprime con el dolor de la última hora. Y no es una amenaza la que se yergue contra mí; simplemente, me encuentro en lo inhabitable, he perdido mi proporción y viajo a través de lo Indiferente. Estoy a merced de la elación de la profundidad y del Viento, de la fuerza del Vacío. No hay pacto posible con el inmenso trastorno que me rodea, y el puñado de almas que contiene este barco se dispersará como una cesta de paja en la materia líquida. Sobre el seno del Abismo, que con la complicidad de mi propio peso se apresta a devorarme rodeándome por todas partes, me sostiene una frágil ecuación. Huyendo de semejante espectáculo, bajo y me acuesto en mi cabina. Proa contra el viento, el barco se eleva al filo de las olas, y de pronto la enorme máquina, con todos sus blindajes, sus calderas y su artillería, sus bodegas llenas de carbón y de proyectiles, se repliega sobre el agua, como la amazona que dobla las rodillas a punto de saltar. Hay luego un instante de calma, y escucho a lo lejos, debajo de mi cabeza, a la hélice que prosigue su tenue zumbido familiar.

Pero el día siguiente, antes de su crepúsculo, nos mira entrar a ese puerto apartado que la montaña encierra como un remanso de salvación. ¡He aquí, de nuevo, la Vida! Invadido por una rústica alegría, me entrego al interrumpido espectáculo de esa explotación ferviente y minuciosa de los bienes comunes, esa operación múltiple, asidua y entremezclada, mediante la cual todas las cosas existen juntas. En el momento en que soltamos las anclas, y desde el perfil abrupto de la montaña que lo oculta, el Sol dirige sobre la tierra cuatro rayos tan densos, que parecen una emisión de su propia sustancia luminosa. Antes de recogerlos verticalmente por el cielo ilimitado, ya en la última cresta, el Rey, el Ojo de nuestros ojos, con un misericordioso despliegue de la Visión visible en la hora suprema, hace ostensión majestuosa de la distancia y de la fuente. Doy por bienvenido este adiós, más rico que una promesa. La montaña ha revestido su manto de jacinto: el violeta, himeneo del oro y de la noche. Poseído por una alegría fuerte y elemental, doy gracias a Dios por no haber muerto, y mis entrañas se dilatan en la comprobación del aplazamiento.

Una vez más, el agua amarga no me fue dada a beber.

Tristeza del agua

HAY UNA concepción en la alegría; admito una cierta visión en la risa. Pero a fin de que tú comprendas, amigo, la mezcla de beatitud y de amargura que supone el acto de la creación, te explicaré la tristeza del agua en esta hora que inicia una estación sombría.

Del cielo cae o del párpado desborda una lágrima idéntica.

No pienses en acusar de tu melancolía al nublado, ni al velo de la llovizna oscura. Cierra los ojos, escucha: la lluvia cae.

Ni la monotonía del asiduo rumor basta a la explicación.

Es el hastío de un duelo que lleva en sí mismo su causa, es la obstinación del amor, la pena en el trabajo. Los cielos lloran sobre la tierra que fecundan. Pero no es el otoño, ni la caída futura de los frutos cuyos granos se alimentan de la lluvia, lo que hace brotar lágrimas de la nube invernal. El dolor es el estío, y en la flor de la vida, la eclosión de la muerte.

En el instante final de esta hora que precede al mediodía, mientras descendiendo al valle henchido con el rumor de fuentes diversas, me detengo extasiado en mi pena. ¡Oh qué aguas copiosas! Y si las lágrimas tienen en nosotros, como la sangre, un manantial perpetuo, ¡qué consolador resulta poner el oído atento y acompañar los matices de nuestra pena, a ese coro líquido de voces abundantes y frágiles! ¡No hay pasión que desdeñe nuestras lágrimas, oh fuentes! Y aunque la mía se satisfaga con el destello de esa gota única que desde lo alto se abate en el agua sobre la imagen de la luna, nunca habría visitado en vano por tantos atardeceres tu refugio sombrío, ¡oh valle de tristeza!

Heme aquí en la llanura. En el umbral de una cabaña, cuya oscuridad interior luce el cirio encendido para alguna fiesta rústica, un hombre sentado sostiene en la mano un címbalo polvoriento. Llueve inmensamente; y sólo escucho, en medio de la soledad mojada, un grito de ganso.

Ardor

ESTE DÍA es peor que el infierno.

Afuera, un sol que ciega, devora toda sombra con esplendor agobiante y tan fijo, que parece sólido. Más que inmovilidad, en torno de mí percibo estupor: la confusión bajo el golpe. En el curso de cuatro lunas, la Tierra ha concluido su generación; es tiempo ya de que el esposo la sacrifique, y descubriéndole los fuegos en que arde, la condene con beso inexorable.

¿De mí, qué decir? ¡Ay, si estas llamaradas son intolerables a mi debilidad, si mis ojos se cierran, si mi carne suda, si me repliego en la triple coyuntura de mis piernas, pongo en evidencia a la materia inerte, pero el espíritu viril brota de sí

mismo en un heroico transporte! Siento que mi alma vacila, pero luego busca la satisfacción suprema para este celo delicioso y horrible. Que otros se escondan bajo la tierra, que cierren con esmero el último resquicio de su casa; mas el corazón sublime se entrega al fuego y a la tortura. Sol, redobla tus flamas, no basta que hagas arder: consume. Mi dolor será el de no sufrir demasiado. ¡Qué nada de impuro se sustraiga a la hornaza, y que toda ceguera se someta al suplicio de la luz!

El puerco

PINTARÉ aquí la imagen del puerco. Es una bestia maciza y de una sola pieza. Sin cuello y sin coyuntura, va hacia delante y empuja como un arado. Contoneándose sobre sus cuatro gruesos jamones, es una trompa investigadora que a todo olor que percibe le aplica su cuerpo de bomba y lo ingurgita. Y cuando halla el charco que necesita, se revuelca en él con enormidad; no es el bullicio del pato que entra en el agua, y mucho menos el júbilo sociable del perro: es un goce profundo, solitario, consciente, integral. Sorbe, chasca, paladea, y no se sabe si bebe o si come; con un pequeño sobresalto, avanza redondo y se hunde en el seno grasoso del lodo fresco; gruñe, se regocija hasta en lo más íntimo de sus tripas, quita un ojo. Profundo conocedor de las cosas, aunque su abarato olfativo se halla siempre en acción y no deja perder nada, sus gustos no se dirigen al perfume pasajero de las flores ni de los frutos frívolos; en todo busca el alimento: le gusta succulento, fuerte, maduro, y su instinto lo ata a dos cosas, fundamental: la tierra y la basura.

¡Goloso, cochino! Si os presento este modelo, confesadlo: algo falta a vuestra satisfacción. Ni el cuerpo puede bastarse a sí mismo, ni la doctrina que nos enseña es vana. "No apliques a la verdad solamente los ojos, sino todo lo que eres, sin reservas." La felicidad es nuestro deber y nuestro patrimonio. Una cierta posesión perfecta es dada.

—Así como el que dio a Eneas felices presagios, el encuentro de una marrana siempre me ha parecido augural, casi un emblema político. Su flanco es más oscuro que las colinas que se ven bajo la lluvia, y cuando se echa para dar de mamar al batallón de lechoncillos que camina entre sus patas, me parece la imagen misma de esas montañas con racimos de aldeas que cuelgan de sus vertientes, no menos maciza y, no menos deforme.

Añadiré finalmente que la sangre de puerco sirve para fijar el oro.

Octubre

EN VANO veo los árboles todavía verdes. Amortajado en fúnebres neblinas o disuelto en la vasta serenidad del cielo, el año se acerca paso a paso al solsticio

fatal. Ni este sol me desencanta, ni la opulencia de la comarca lejana. He aquí una especie de calma infinita, un reposo tal que parece excluida la posibilidad de un despertar. Apenas iniciado su canto, el grillo se detiene; temeroso de exceder la plenitud, el solitario renuncia al derecho de hablar, y se diría que en la solemne tranquilidad de la campiña de oro, sólo es lícito penetrar con pies desnudos. No, lo que ha quedado a mi espalda, sobre las inmensas cosechas, ya no arroja el mismo esplendor, y ya sea que el camino me lleve a los rastrojos, o que yo esquive la orilla de un pantano, o que descubra una aldea alejándome del sol, vuelvo el rostro y contemplo esa luna ancha y pálida que se ve durante el día.

En el momento de salir de los graves olivares, cuando se abrió ante mis ojos la llanura radiante hasta la barrera de la montaña, me fue comunicada la palabra de introducción. ¡Oh frutos últimos de una estación condenada! ¡Oh crepúsculo diurno, madurez suprema del año irrevocable! Todo está consumado.

Las manos impacientes del invierno no vendrán a despojar la tierra con barbarie. Nada de vientos destructores, de cortantes heladas, de aguas que se desbordan. Más dulcemente que en mayo, o cuando junio insaciable se adhiere a las fuentes de la vida en la posesión de la doceava hora, el Cielo sonríe a la Tierra con inefable amor. He aquí el consentimiento, como un corazón que cede a una voluntad continua: el grano se separa de la espiga, el fruto cae del árbol, la Tierra otorga poco a poco sus dones al invisible solicitante. La muerte afloja una mano demasiado henchida. La palabra que ahora escucha, es más santa que la del día de sus bodas, más profunda, más tierna, más rica: Todo está consumado. El pájaro duerme, el árbol se adormece en la sombra que le alcanza: a ras del suelo, el sol extiende su luz horizontal. El día termina, el año ha concluido. La interrogación celeste, recibe una respuesta amorosa: Todo está consumado.

Libación por el día futuro

HE SUBIDO a lo más alto de la montaña para ofrecer mi brindis al día futuro —(al nuevo día, al día que vendrá; tal vez sucede a esta misma noche). ¡A lo más alto de la montaña, a esa copa de hielo que se eleva hasta los labios de la aurora! Estoy en ella desnudo; al entrar desbordé su plenitud y el agua saltó como una catarata. Danzo en la ebullición de la fuente como un grano de uva en una copa de champaña. Y no distingo el lecho brotante que modelo con mi vientre y con mis piernas, del golfo aéreo que me rodea más allá de los delgados bordes: por encima de mí, surge el águila estridente. ¡Oh bella aurora! ¡De un solo golpe llegas desde el mar lejano entre las islas! Bebe: que yo sienta hasta mis plantas, hundido en el seno de este licor, el estremecimiento de tus labios que lo absorben. ¡Que el sol se levante! ¡Quiero ver la sombra ligera de mi cuerpo suspendido que se

dibuja sobre la arena, en el fondo de la piscina, rodeada por el iris de siete colores!

Pensamiento en el mar

EL BARCO sigue su ruta entre las islas; en la plenitud de la calma, el mar ha dejado de existir. Son las once de la mañana y no se sabe si llueve o no.

El pensamiento del viajero se remonta al año precedente. Recuerda su travesía del océano en la noche tempestuosa, los puertos, las estaciones, la llegada en domingo de carnaval, el rodar del coche hasta la casa, mientras que su mirada fría, a través del vidrio sucio de fango, observa las fiestas repulsivas de la multitud. Le mostrarán otra vez los parientes, los amigos y los lugares de antaño, y luego habrá que partir. ¡Amarga entrevista! Como si alguien pudiera anular su pasado.

Esto es lo que hace el regreso más triste que la partida. El viajero entra a su casa como un huésped; es extraño a todo, y todo le resulta extranjero. Sirviente: cuelga ese abrigo de viaje, pero no te lo lleves. ¡De nuevo habrá que partir! He aquí que se sienta a la mesa familiar como un convidado sospechoso y precario. ¡Se acabó el parentesco! El pasajero que habéis acogido, con las orejas llenas del estruendo de los trenes y del clamor del mar, oscilante como un hombre que sueña sintiendo todavía bajo sus pies el profundo vaivén que volverá a llevarse, ya no es el mismo hombre que acompañasteis al muelle fatal. La separación ha tenido lugar, y el exilio en que ha entrado lo sigue a todas partes.

Disolución

DE NUEVO soy conducido sobre el mar indiferente y líquido. Cuando esté muerto, ya nadie me hará sufrir. Cuando esté enterrado entre mi padre y mi madre, ya nadie me hará sufrir. Nadie reirá de este corazón demasiado amante. En el fondo de la tierra se disolverá el sacramento de mi cuerpo, pero mi alma, parecida al grito más penetrante, reposará en el seno de Abraham. Ahora todo se ha disuelto, y con mirada llena de pesadumbre busco en vano alrededor de mí el país habitual, con el camino seguro bajo mis pasos, y aquel rostro cruel. El cielo no es más que bruma y agua el espacio. Mira, todo está disuelto, y en vano buscaría en torno algún rasgo, alguna forma. Nada por horizonte, sino la cesación del color más sombrío. Toda la materia está acumulada en una sola masa de agua, semejante a la de las lágrimas que siento correr por mi mejilla. Su voz se parece a la del sueño cuando sopla y alude a aquello que en nosotros es más sordo a la esperanza. Por más que me esfuerzo, no encuentro nada fuera de mí: ni el país que fue mi morada, ni aquel rostro tan excesivamente amado.